

PALABRAS DE LA PRIMERA DAMA DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA, NOHRA PUYANA DE PASTRANA, EN LA CENA OFICIAL OFRECIDA DURANTE LA X CONFERENCIA DE ESPOSAS DE JEFES DE ESTADO Y DE GOBIERNO DE LAS AMÉRICAS

Quito, 8 de noviembre de 2001

He recibido hoy la vocería de mis colegas del continente para hablar en nombre de todas y resaltar los logros que se han derivado de las diferentes Conferencias de Esposas de Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas, que llegan esta vez a su décima celebración.

Antes que nada quisiera agradecer de todo corazón la calurosa bienvenida y la hospitalidad que nos ha brindado nuestra querida amiga, la Primera Dama de esta acogedora República del Ecuador, María Isabel Baquerizo de Noboa y, por supuesto, el señor Presidente Gustavo Noboa.

No es exageración ni son palabras que siempre se repiten en estos actos. Todos sabemos de la tradicional hospitalidad ecuatoriana, nacida tal vez de su historia colonial, cuando la Provincia de Quito ya era conocida por su cultura y sus finas costumbres. En esta ocasión hemos podido comprobarla

personalmente, con el realce y la originalidad que ha sabido imprimirle María Isabel, y por eso quiero expresarle el sincero agradecimiento de todas nosotras.

Señor Presidente, apreciadas amigas:

Hoy cumplimos 10 años desde cuando se reunió la Primera Conferencia de Esposas de Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas en Venezuela en 1991, una iniciativa que nació como continuación de la buena idea que habían tenido las Primeras Damas de Centroamérica de reunirse e intercambiar experiencias durante los años ochentas.

Desde entonces hasta hoy este significativo evento se ha ido repitiendo, año tras año, en Colombia, Costa Rica, Santa Lucía, Paraguay, Bolivia, Panamá, Chile y Canadá, hasta llegar a esta nueva cita que estamos celebrando en Ecuador, la primera del Siglo XXI y del Tercer Milenio.

Muchos todavía tienen la idea tradicional de que las Primeras Damas en las democracias de América son apenas figuras decorativas que acompañan y dan realce a la labor de sus esposos. Por supuesto, quienes piensan esto ¡no nos conocen!

Si hay personas que luchan con dedicación y casi obsesión por las clases más desfavorecidas de sus países, si hay personas preocupadas por los temas sociales, por la niñez, por las personas de la tercera edad, por la nutrición, la prevención de la drogadicción, el fomento de la educación y la cultura, ¡esas son las Primeras Damas!

Hace mucho tiempo, por fortuna, que pasó la época de la “mujer-florero”. Hoy, si no son Presidentas, como pasa en la República de Panamá, son esposas que trabajan al lado de los primeros mandatarios, poniendo todo de sí para construir un futuro mejor para su gente.

Sobre este punto recuerdo una anécdota que ocurrió en el primer periodo presidencial del ex-Presidente Bill Clinton. En un momento dado de su mandato, su esposa -hoy senadora del Congreso norteamericano- era tan activa y popular que el mismo Presidente Clinton decía que, cuando él quería que lo reconocieran o lo trataran con especial deferencia, tan sólo tenía que pronunciar unas palabras mágicas: “Yo soy el esposo de Hillary”.

Pues bien: Es esta clase de Primeras Damas, dinámicas y comprometidas con su país y también con el continente, quienes nos hemos reunido en esta Conferencias para compartir nuestros conocimientos y experiencias y así enriquecer los programas sociales que adelantamos en nuestras naciones.

Durante esta década se han abordado temas diferentes, todos esenciales en las agendas sociales, como la infancia, la mujer, la familia, la salud, la educación, los derechos humanos, la cultura de la paz y la tercera edad, y hoy estamos asumiendo otro tema fundamental como es el de los adolescentes de América.

Nuestro compromiso y el de nuestras antecesoras ha generado avances importantes en aspectos concretos como la erradicación del sarampión y otras enfermedades prevenibles, la reducción de la mortalidad materna, la disminución de las inequidades de género, la revalorización del papel de la mujer en el desarrollo nacional, la prevención y atención de la violencia intrafamiliar, entre otros varios.

Yo particularmente -y estoy segura de que así les habrá pasado a las colegas que también llevan más de dos años como Primeras Damas- aprendí mucho de las experiencias

compartidas en Ottawa en 1999 y en Santiago en 1998. Muchos de los programas que he impulsado se han inspirado o enriquecido con las experiencias de otros países con problemas similares y estoy segura de que la experiencia colombiana también ha sido un aporte para las demás.

La reunión anual que hoy nos convoca nuevamente es, entonces, mucho más que retórica y buenas relaciones interpersonales, aunque éstas también son muy importantes. La reunión de las Esposas de Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas es una ventana abierta para la esperanza de nuestros pueblos, esa esperanza que nosotros escuchamos y que siempre queremos colmar con realidades de bienestar y de progreso.

Gracias de nuevo, Presidente Noboa y querida María Isabel, por esta cálida recepción. En nombre de todas las invitadas a esta Conferencia hoy le expreso al continente entero que estamos listas para trabajar y seguir trabajando por aquellos que más lo necesitan.

Muchas gracias.